

LA EXPERIENCIA, CRECIMIENTO Y MINISTERIO DE VIDA PARA EL CUERPO

(Día del Señor: segunda sesión de la mañana)

Mensaje ocho

Llevar una vida de sacrificio en el Cuerpo y ministrar vida al Cuerpo para el crecimiento del mismo

Lectura bíblica: Fil. 2:17; Ro. 12:1; 1 Jn. 5:16a; 2 Co. 4:12; Ef. 4:13-16; Col. 2:19

I. En el Cuerpo debemos llevar una vida de sacrificio—Ro. 12:1:

- A. La vid tipifica al Cristo que se sacrifica, el Cristo que sacrificó todo lo que Él era, y en virtud de Su sacrificio produjo vino nuevo para alegrar a Dios y al hombre—Dt. 8:8; Jue. 9:13; Sal. 104:15a:
1. Cristo es el productor de vino, Aquel que se sacrifica a Sí mismo para producir el vino que alegra a Dios y a otros; como la vid, Cristo produce alegría para Dios y para otros—Jue. 9:13; Sal. 104:15a.
 2. Por la soberanía del Señor, podemos ser puestos en situaciones en las que tendremos que sacrificarnos a nosotros mismos para alegrar a otros—Ro. 12:1; Ef. 5:2:
 - a. Si en situaciones como éstas contactamos al Señor, lo experimentaremos a Él como la vid que produce vino, como Aquel que alegra a Dios y a otros—Fil. 3:1a.
 - b. El resultado de experimentar a Cristo como la vid es que en Él, con Él y por medio de Él llegamos a ser una vid que produce algo para alegrar a Dios y a los hombres—Jue. 9:13.
 3. Si contactamos al Cristo tipificado por la vid y experimentamos Su vida de sacrificio, Él nos infundirá la energía que necesitamos para llevar una vida de sacrificio que produce vino para alegrar a otros y al Señor—Ro. 12:1; Ef. 5:2; 2 Co. 1:24:
 - a. En nosotros mismos no somos capaces de llevar una vida de sacrificio, puesto que nuestra vida es una vida natural, una vida egoísta; si contactamos al Señor y experimentamos Su vida de sacrificio, Él nos infundirá la energía y fuerza necesarias para sacrificarnos por Dios y por otros—Mt. 16:25; Jn. 1:29; 20:22; 1 Co. 15:45; 6:17; Fil. 4:13; Ro. 12:1; Ef. 5:2.
 - b. Cuanto más experimentemos a Cristo como la vid con Su vida de sacrificio, más energía tendremos para sacrificarnos a fin de alegrar a Dios y a otros; traeremos alegría a las personas que contactemos y también alegraremos a Dios—2 Co. 1:24; 5:13a.
- B. Al experimentar a Cristo como la vid que produce vino y al ser llenos de Él como vino nuevo, llegaremos a ser una libación en Él y con Él para alegrar a Dios y a los hombres—Gn. 35:14; Éx. 29:40-41; Fil. 2:17; 2 Ti. 4:6:
1. La libación no solamente tipifica al propio Cristo, sino también al Cristo que, como vino celestial, nos satura de Sí mismo al grado en el que Él y

nosotros llegamos a ser uno a fin de ser derramados para la satisfacción de Dios y para el edificio de Dios—Mt. 9:17; 2 Ti. 4:6; Gn. 35:14.

2. La libación es nuestra experiencia de ser hechos uno con Cristo al grado en que Él llega a ser nosotros y nosotros llegamos a ser iguales a Él en Su vida de sacrificio—Fil. 2:17; 2 Ti. 4:6.

II. Al llevar una vida de sacrificio en el Cuerpo, ministramos vida al Cuerpo—1 Jn. 5:16a; Ro. 8:2, 6, 10-11; Ef. 4:16:

- A. Todo cuanto tenemos se halla en el Cuerpo, lo recibimos por medio del Cuerpo y para el Cuerpo; por lo tanto, debemos llevar nuestra vida en el Cuerpo, por medio del Cuerpo y para el Cuerpo—v. 16.
- B. El Cuerpo se edifica mediante el suministro que los miembros se imparten mutuamente; Dios transmite vida al Cuerpo por medio de cada miembro—v. 16.
- C. Sólo podemos suministrar al Cuerpo lo que hemos recibido de Cristo; lo que determina la medida de nuestro ministerio es la medida de Cristo en nosotros—vs. 15-16:
 1. Lo único que es útil en el Cuerpo es el Cristo que ha sido forjado en nosotros, y solamente esto puede impartir a otros el suministro de vida—3:16-17.
 2. Lo que ministramos al Cuerpo es Cristo, y lo que el Cuerpo recibe es Cristo, porque Cristo es el todo y en todos en el Cuerpo—Col. 3:4, 10-11, 15-16.
 3. Lo que recibimos de Cristo, la Cabeza, el Cuerpo espontáneamente también lo recibe, pues lo que es nuestro *es* del Cuerpo, y no tenemos que luchar para impartirlo—Jn. 1:16; Ef. 3:2; 2 Co. 12:9; 1 Co. 15:10.
- D. Donde está la cruz, allí también está el ministerio de vida; la manera de ser usados para ministrar vida al Cuerpo es permitir que la cruz opere en nosotros en el curso normal de nuestra vida con el Señor—2 Co. 4:10-12:
 1. Un principio permanente en cuanto al Cuerpo es que “la muerte actúa en nosotros, mas en vosotros la vida”—v. 12.
 2. Cualquier situación por la que Dios nos hace pasar por medio de la cruz espontáneamente redundará en un aumento de vida en el Cuerpo; todo lo que experimentamos en secreto con el Señor es suficiente para ministrar vida al Cuerpo—Mt. 6:16-18; Col. 3:3-4.
 3. El Cuerpo recibe la suministración al serle comunicada la vida, y la vida le es comunicada al Cuerpo a medida que la muerte opera en nosotros—2 Co. 4:12.
- E. Es mediante la realidad que está en nuestro interior que ministramos vida al Cuerpo de Cristo; el Espíritu Santo únicamente dará testimonio de lo que es verdadero y real—Jn. 16:13; 1 Jn. 5:6.
- F. Por medio del ministerio de vida, nosotros servimos al Cuerpo y contribuimos al crecimiento del Cuerpo; cuando la vida que recibimos del Señor fluye al Cuerpo, la medida de la estatura del Cuerpo aumenta—Ef. 4:13-14.

III. Debemos ministrar vida al Cuerpo para el crecimiento del Cuerpo—Col. 2:19; Ef. 4:15-16:

- A. La intención de Dios es usar a los miembros del Cuerpo de Cristo como canales por los cuales la vida de Cristo pueda fluir al Cuerpo y aumentar la medida del Cuerpo por medio de ellos—2 Co. 4:12; Ef. 4:16.

- B. El crecimiento del Cuerpo depende de lo que procede de Cristo, la Cabeza—vs. 15-16:
 - 1. Cuando el Cuerpo recibe el suministro al asirse de la Cabeza, el Cuerpo crece con el crecimiento de Dios—Col. 2:19.
 - 2. El Cuerpo crece a partir de la Cabeza, puesto que todo el suministro proviene de la Cabeza—Ef. 4:15-16.
- C. El crecimiento del Cuerpo depende del crecimiento de Dios, la acumulación de Dios, el aumento de Dios, en nosotros—Col. 2:19:
 - 1. Dios da el crecimiento al impartirse a nosotros de modo subjetivo.
 - 2. Cuanto más se añada Dios a nosotros, más crecimiento Él nos da; es de esta manera que Dios da el crecimiento—1 Co. 3:6-7.
 - 3. Sólo Dios puede dar el crecimiento; sólo Dios puede darnos lo que Él es, y sin Él, no podemos experimentar ningún crecimiento—vs. 6-7:
 - a. La acumulación de Dios en nosotros es el crecimiento que Él da.
 - b. El hecho de que Dios nos dé el crecimiento en realidad significa que Él nos da lo que Él es—Ro. 8:11.
- D. El crecimiento del Cuerpo equivale a la edificación del mismo—Ef. 4:16; Col. 2:19:
 - 1. Efesios 4:11-16 ocupa un lugar especial en el Nuevo Testamento porque nos muestra el misterio en cuanto a la edificación del Cuerpo de Cristo.
 - 2. El crecimiento del Cuerpo de Cristo es el aumento de Cristo en la iglesia, lo cual redundaba en que el Cuerpo se edifique por medio del Cuerpo mismo—v. 16; 3:17a:
 - a. Cuando Cristo entra en los santos y vive en ellos, el Cristo que está en los santos llega a ser la iglesia—Col. 3:10-11.
 - b. El Cuerpo de Cristo crece por medio del crecimiento de Cristo en nosotros y de ese modo es edificado—1:18; 2:19.

Extractos de las publicaciones del ministerio:

LA LIBACIÓN

La semilla de la libación fue sembrada en Génesis 35. Si queremos entender esto, debemos leer Números 15 y 28, Filipenses 2:17 y 2 Timoteo 4:6. Entonces entenderemos que no sólo debemos ofrecer a Cristo delante de Dios como ofrenda básica, sino también como libación. Debemos ser llenos de gozo al experimentar a Cristo a fin de convertirnos en vino para Dios y estar dispuestos a ser derramados como libación sobre Cristo delante de Dios. Esta experiencia es profunda y bastante subjetiva. Puede que ustedes digan: “Padre Dios, me ofrezco en libación sobre Cristo para Ti”. Ustedes pueden decir esto, pero si no han experimentado a Cristo hasta el punto de llenarse de gozo y de embriagarse con el vino celestial, no sentirán el gozo ni la disposición de ser derramados en libación para Dios. En la vida de iglesia, existe la posibilidad y el potencial de experimentar a Cristo hasta el punto de ser saturados con el vino divino y convertirnos en vino. Oh, en la vida de iglesia estoy lleno de gozo y estoy dispuesto a ser derramado sobre Cristo como ofrenda para satisfacer a Dios.

Dios se deleita bebiendo el vino. Él no quiere el vino hecho de la uva, sino el vino hecho del Cristo que nos satura. Dios no se interesa en las uvas; Él se interesa en usted con Cristo. Usted debe convertirse en vino experimentando a Cristo. El único lugar donde podemos convertirnos en el vino de Dios es la iglesia. Les aseguro que en la iglesia la experiencia que usted

tiene de Cristo lo llevará a llenarlo del gozo celestial, lo convertirá en vino divino y le dará la disposición de ser derramado sobre Cristo para satisfacer a Dios. Ésta es la reacción de Israel en Bet-el. Tengo la completa certeza de que en lo sucesivo se producirán muchas reacciones similares en las iglesias locales. Muchos santos amados dirán: “Señor, estoy tan saturado de Tu regocijo que estoy ebrio. Me he convertido en vino para satisfacer a mi Dios. Ahora estoy dispuesto a ser derramado, e inclusive a ser mártir”. Recuerde que Pablo dijo que él ya había sido derramado sobre Cristo para satisfacer a Dios. En la vida de iglesia, todos debemos ser saturados del regocijo celestial para estar preparados y dispuestos a sacrificarnos, a fin de ser derramados sobre Cristo como satisfacción de Dios. En la vida de iglesia todos podemos experimentar a Cristo hasta el punto de estar dispuestos a ser derramados en libación. (*Estudio-vida de Génesis*, págs. 1046-1047)

En Filipenses 2:17, Pablo declara: “Y aunque sea derramado en libación sobre el sacrificio y servicio de vuestra fe, me gozo y regocijo con todos vosotros”. En 2 Timoteo 4:6, expresa nuevamente este pensamiento: “Porque yo ya estoy siendo derramado en libación, y el tiempo de mi partida está cercano”. Puesto que todos los aspectos que abarca Pablo en Filipenses tienen que ver con la experiencia que tenemos de Cristo, la libación mencionada en 2:17 no debe ser la excepción. Si al experimentar a Cristo no hemos llegado a ser una libación, significa que no lo hemos experimentado al máximo. Cuando experimentemos a Cristo al nivel más alto, entonces llegaremos a ser tal libación.

CONSTITUYE UNA LIBACIÓN

La libación se añadía sobre las ofrendas básicas reveladas en los capítulos del 1 al 7 de Levítico (Nm. 15:1-10; 28:7-10), las cuales tipifican distintos aspectos de Cristo. La libación es un tipo del Cristo disfrutado por el oferente; Cristo, el vino celestial, lo llena al grado de convertirlo en vino para Dios. El apóstol Pablo llegó a ser tal libación al disfrutar a Cristo de esta manera, y pudo derramarse en libación para Dios sobre la fe de los creyentes, mediante el derramamiento de su sangre.

Los holocaustos, las ofrendas de flor de harina, las ofrendas de paz, las ofrendas por el pecado y las ofrendas por las transgresiones constituían las ofrendas básicas, pero la libación no se contaba entre ellas. Las cinco ofrendas básicas, mencionadas en Levítico 1—7, tipifican diferentes aspectos de lo que Cristo es para nosotros ante Dios. Al leer Números 15:1-10 y 28:7-10, vemos que la libación acompañaba a las ofrendas básicas. Si alguien presentaba alguna de las ofrendas sin libación, era evidente que faltaba algo. Aquel que ofrecía la ofrenda básica era algo pobre. En realidad, la libación significa que aquél que la presenta llega ser la libación misma. Pero esto no implica que llegue a serlo según su propia constitución natural. En cambio, él debía disfrutar a Cristo hasta ser lleno, impregnado y saturado de Él. Cristo es el vino celestial que disfrutamos. Cuando lo disfrutamos, al recibirlo en nosotros, seremos llenos de Él hasta ser plenamente saturados de Sí mismo. Entonces llegamos a ser vino apto para ser derramado como libación sobre las ofrendas que presentamos a Dios.

Pablo se basó en la tipología del Antiguo Testamento, al referirse a sí mismo como una libación derramada sobre el sacrificio y el servicio sacerdotal de la fe de los creyentes. Él había estado bebiendo a Cristo por muchos años y había estado disfrutándolo a fin de llegar al punto en que estaba lleno con Cristo y saturado de Él. De esta manera, Cristo, el vino celestial, hizo que Pablo llegara a estar constituido del vino celestial. Por consiguiente, él podía considerarse vino derramado en libación sobre el sacrificio que, como sacerdote, ofrecía a Dios. (*Estudio-vida de Filipenses*, págs. 115-116)

UNA VIDA QUE MINISTRA

El propósito más elevado de Dios con respecto a la iglesia hoy es que ella debe edificarse a sí misma en amor mediante una vida que ministra, y de ese modo crecer en Cristo en todas las cosas. Ésta es la meta puesta delante de ella en Efesios 4.

Hemos visto cómo, en 2 Corintios 4, la muerte de Cristo al operar en un lugar (“en el cuerpo”, v. 10; “en nosotros”, v. 12), le permite a Cristo manifestar Su resurrección en dos lugares (“en nuestro cuerpo”, v. 10; y “en vosotros”, v. 12). Aquí vemos lo fructífera que es la vida y lo fructífero que es el ministerio, y que finalmente ambos llegan a ser uno, con la única diferencia del lugar donde se manifiestan. Con respecto al primero, la vida se manifiesta en el lugar donde opera la muerte; con respecto al segundo, se manifiesta en otro lugar. Cuando la manifestación se lleva a cabo en mí, yo la llamo vida, y cuando se lleva a cabo en otros, la llamo ministerio.

Donde la cruz no está presente, tampoco están presentes la vida ni el ministerio de vida. El propósito de los sufrimientos es que pueda haber un ministerio rico y abundante. La teoría no puede reemplazar esto. La pobreza de ministerio es resultado de escoger el camino fácil. Muy a menudo quienes llevan una vida fácil no tienen mucho que dar. Tales personas no entienden las necesidades humanas. Por supuesto, no estoy queriendo decir que debemos pedir que nos vengan problemas, ni tampoco que debemos tratar duramente nuestro cuerpo. El Espíritu mismo se hace cargo de darnos las experiencias, guiándonos por caminos en los que encontramos, en cuerpo, corazón o espíritu, esa medida de “la muerte de Jesús” que habrá de enriquecer nuestro ministerio. Lo único que nos toca hacer a nosotros es seguirlo.

Quizás ustedes me pregunten cómo pueden ser usados para ministrar vida al Cuerpo. No hacemos esto proponiéndonos hacer mucho, ni tampoco retirándonos de toda actividad para no hacer nada, sino simplemente permitiendo que la cruz opere en el curso normal de nuestro andar con el Señor. Quienes únicamente sirven con palabras y obras encuentran que se quedan sin ministerio si de repente se ven obligados a estar inactivos o en silencio. Pero lo que determina la medida de su ministerio no es la medida de sus actividades. Solamente permita que “la muerte de Jesús” opere en usted, y la vida *ciertamente* se manifestará en otros. No puede suceder de otro modo, puesto que es un principio inalterable del Cuerpo que “la muerte actúa en nosotros, mas en vosotros la vida”. Así que no es necesario que haga ningún esfuerzo especial para traer el aumento al Cuerpo de esta manera, pues todo aquello por lo cual Dios lo haga pasar por medio de la cruz espontáneamente traerá el aumento.

Tampoco necesita hablar mucho; no es necesario que testifique de su experiencia de muerte para que ésta llegue a ser vital para otros. Siempre y cuando usted esté dispuesto a morir, los demás *conocerán* la vida. La realidad se comunica por sí sola; ella no depende de medios humanos de comunicación. No estamos “[menospreciando] las profecías”, sino que más bien deseamos afirmar que el ministerio en el Cuerpo no consiste simplemente en predicar o testificar. Lo que experimentamos en secreto con el Señor es suficiente para ministrar vida a Sus miembros. Si sufrimos por causa del Señor, ese sufrimiento producirá fruto en otros, sin que nosotros demos a conocer la historia de nuestros sufrimientos. Hablar acerca de esto no sólo es algo superfluo, sino que, en algunos casos, es una abominación.

Si usted perdona a un hermano, la realidad de su perdón ministrará vida al Cuerpo sin necesidad de que se diga nada al respecto (aunque en este caso el Señor ciertamente le exigiría a usted que exprese ese perdón). Si usted verdaderamente ama a un hermano, su amor edificará el Cuerpo aunque usted nunca le diga a ese hermano cuánto lo ama. Una vez me encontré en una situación en la que, a última hora, me invitaron al estrado de una concurrida

convención en Inglaterra en la que uno de los oradores iba a ser un hermano japonés, y yo no lo sabía. Este hermano y yo nunca nos habíamos conocido antes, y nuestros dos países estaban en guerra. No tengo idea de lo que sintió ese hermano, de hecho, sólo pudimos tener una breve conversación. Lo único que sé es que mientras él hablaba yo percibía el amor y comunión de un hermano en el Señor, un amor que superaba las barreras nacionales y que no requería palabras para expresarse.

El Cuerpo de Cristo recibe el suministro, no principalmente por medio de la predicación y las obras, sino por medio de la realidad interna. Lo que le interesa al Espíritu Santo es lo que es real y verdadero; Él nunca dará testimonio de lo que no es real. Lo que usted comunica con palabras es lo que usted ya está trayendo de Cristo a la iglesia, porque como ya dijimos, el Cuerpo recibe el suministro por medio de una comunicación de vida. Y la vida es comunicada a otros, de una manera muy sencilla y espontánea, a medida que la muerte opera en nosotros. Así que la pregunta no es ¿cuánto está usted haciendo o diciendo? sino ¿por cuántas situaciones está usted pasando bajo la mano de Dios?

Todo ministerio que tenga otra base que no sea la unidad del Cuerpo no es real. Mientras usted no haya visto este hecho, se preguntará continuamente cómo puede ejercer su función; pero una vez que lo vea, sabrá que en cuanto reciba algo, el Cuerpo lo *ha* recibido también. Lo que es suyo también *es* del Cuerpo, y no necesitamos esforzarnos por ministrarlo. ¿Desea usted edificar la iglesia? Entonces permita que esto sea edificado en usted. Lo que usted recibe de la Cabeza, la iglesia, Su Cuerpo, espontáneamente también lo recibirá; y lo que no ha recibido, la iglesia jamás lo recibirá por medio suyo. Así que lo que esclarece el asunto del ministerio es el asunto de recibir; y lo que esclarece el asunto de recibir algo es “la muerte de Jesús”. (*The Collected Works of Watchman Nee*, t. 40, págs. 111, 124-127)